

La casa de muñecas

Katherine Mansfield



Una vez que la simpática señora Hays estuvo de regreso en la ciudad, tras haber pasado una temporada con los Burnell, mandó como regalo para las niñas una casa de muñecas: era tan grande que el carretero y Pat tuvieron que llevarla entre ambos al patio, donde la pusieron sobre un par de cajones, junto a la puerta de la despensa. No se dañaría pues era verano; y el olor a pintura quizás ya habría desaparecido cuando tuvieran que ponerla bajo techo. El olor a pintura que salía de la casita (“¡Pero qué amable de parte de la señora Hays, amable y generoso!”) era en verdad tan intenso como para enfermar a cualquiera, según la tía Beryl. Se lo percibía antes incluso de retirar el envoltorio de arpillerera, pero una vez que lo sacaron...

La casa de muñecas emergió luciendo un color verde espinaca, oscuro y oleoso, salpicado de amarillo brillante. Pegadas al techo se erguían dos sólidas y mínimas chimeneas



pintadas de rojo y blanco. La puerta destellaba en su esmalte amarillo como si fuese un caramelo. Cada una de las cuatro ventanas —auténticas ventanas— estaba dividida en dos hojas de vidrio por un ancho listón verde. Tenía también un diminuto porche amarillo con goterones de pintura seca colgando por las orillas del techo. ¡Era una casita perfecta! No importaba nada su olor, formaba parte de su atractivo, de su novedad.

—A ver, ¡que alguien la abra de inmediato!

El pestillo que la mantenía cerrada por un costado estaba pegado por la pintura, pero Pat raspó con su navaja y la fachada entera giró, abriéndose, con lo cual pudieron ver de repente y al mismo tiempo la sala, el comedor, la cocina y los dos dormitorios. ¡Así deberían abrirse todas las casas! ¿Por qué no contemplarlas de esa manera? Resultaba mucho más emocionante que espiar por las rendijas de una puerta un insignificante vestíbulo con un perchero y dos paraguas. Así, así es como uno quisiera conocer una casa cuando llama a la puerta. Acaso es de esa forma como Dios, en mitad de la noche, abre las casas, cuando sale a hacer sus rondas en compañía de un ángel.

—¡Ooh, ooh! —las niñas Burnell exclamaban a gritos, como si estuvieran al borde de la desesperación.

Era demasiado, era más maravilloso que lo que nadie pudiera imaginar, era casi excesivo. Nunca en la vida habían visto algo semejante. Todas las piezas estaban empapeladas; en las paredes había cuadros, pintados sobre el papel y provistos de marcos dorados. Rojas alfombras cubrían el piso, excepto en la cocina; las sillas, tapizadas en terciopelo, eran rojas también en la sala y verdes en el comedor. Había mesas y camas con almohadas y sábanas de verdad; una cuna, una estufa y una cómoda con su lavatorio y un gran jarro para el agua. Pero lo que más le gustó a Kezia, lo que le gustaba con locura, era la lamparita en miniatura, instalada en el centro de la mesa del comedor con su globo de vidrio ambarino, lista para ser encendida, aunque no se prendía, naturalmente; pero se veía en su interior un líquido aceitoso como petróleo que se movía al agitarla.

El papá y la mamá muñecos descansaban echados en la sala, un poco tiesos, como si se hubieran desmayado; sus dos hijos dormían en el segundo piso y en realidad resultaban algo grandes para la casa, daban la impresión de no pertenecer a ella. Pero la lamparita era perfecta. Parecía sonreírle a Kezia diciendo: “Yo soy de aquí”. Esa lámpara era una verdadera lámpara.

A la mañana siguiente, camino a la escuela, toda rapidez se les hacía poca a las niñas Burnell. Ardían de impaciencia por contárselo a todas, por dar detalles, en fin, por... por alcanzar a presumir de su casa de muñecas antes de que tocaran la campana para entrar a clases.

—A mí me corresponde contarle primero porque soy la mayor —dijo Isabel—. Ustedes dos pueden agregar después lo que quieran, pero yo hablo primero.





No había nada más que decir. Isabel era mandona y lo peor es que siempre tenía razón. Lottie y Kezia conocían demasiado bien los derechos que conlleva la primogenitura. Continuaron andando por el camino, rozando los gruesos ranúnculos de las orillas, sin decir palabra.

—Y yo elegiré a las que irán primero a ver la casa. Mamá me dio permiso.

Porque habían acordado que mientras la casa de muñecas estuviera en el patio, sus compañeras podrían venir de dos en dos a darle una mirada. Sin quedarse a tomar té, desde luego, ni trajinar por la casa. Sólo entrarían al patio y se estarían bien quietas mientras Isabel les fuese indicando los preciosos detalles ante la satisfecha mirada de Lottie y Kezia.

Pero por más rápido que iban, la campana empezó a sonar cuando apenas estaban llegando a las rejas de madera del patio de los muchachos. Tuvieron el tiempo justo para sacarse los sombreros y ocupar sus puestos antes de que pasaran lista. No importa. De todos modos Isabel se las arregló para llamar la atención dándose importancia y mostrando una actitud misteriosa, además de susurrar al oído de su vecina, con una mano por delante de la boca:

—Tengo que contarles algo muy importante en el recreo.

Cuando el recreo llegó, Isabel se vio asediada. Las niñas de su curso se peleaban por abrazarla y llevársela a su lado, por aparecer cada una como su amiga predilecta. Toda una corte la siguió hacia la sombra de los grandes pinos que había a un lado del patio. Riendo, empujándose unas a otras, se apretujaban en torno a Isabel. Las únicas dos que quedaron fuera del círculo, las dos que siempre se apartaban, las pequeñas Kelvey; sabían de sobra que no podían acercarse a las Burnell.

Lo cierto es que esa escuela a la que asistían las niñas Burnell no tenía ni de lejos la calidad que sus padres hubiesen deseado, de haber podido elegir. No había otra, era la única escuela en millas a la redonda. Por consiguiente, todos los niños de las cercanías estaban forzosamente mezclados: las hijas del juez, las del médico, las del almacenero y las del lechero. Sin mencionar que había otros tantos muchachos ordinarios y mal educados. Pero todo tiene su límite, y en este caso el límite llegaba hasta las Kelvey. Muchos niños tenían prohibido hablar con ellas, como por ejemplo las Burnell.

Al cruzarse con las Kelvey, las Burnell erguían orgullosamente la cabeza, y como ellas dictaban la moda en asuntos de comportamiento, los demás también las evitaban. Hasta la profesora les dirigía la palabra en un tono de voz especial, sonriendo a los otros niños de un modo peculiar cuando Lil Kelvey se le acercaba al escritorio con un manojito de flores espantosamente vulgares.

Eran hijas de una pequeña lavandera, activa y muy trabajadora, que iba por el día a hacer la limpieza en diferentes casas. Por sí solo eso ya era más que suficiente. Pero, ¿qué



pasaba con el señor Kelvey? Nadie lo sabía con certeza, aunque todos habían oído decir que estaba en la cárcel. O sea que las Kelvey eran hijas de una lavandera y de un pillastre. ¡Excelente compañía para los hijos de los demás! En el aspecto se les notaba lo que eran. Resultaba difícil entender por qué la señora Kelvey lo hacía tan evidente, vistiendo a sus chicas con retazos que le daban en las casas donde trabajaba.

Lil, por ejemplo, una niña rechoncha y muy poco agraciada, de grandes pecas en la cara, iba a la escuela con un vestido hecho de un mantel de sarga verde que perteneció antes a los Burnell y de mangas en terciopelo rojo que antes fueron una cortina de los Logan. El sombrero que se plantaba sobre la frente era de persona mayor; había pertenecido a la señorita Lecky, la del correo; tenía el ala levantada por detrás y una larga pluma roja de adorno. Un completo adefesio ante el cual nadie dejaba de reírse.

Elsa, su hermana menor, usaba un vestido blanco y largo como un camisón y bototos de niño, pero usara lo que hubiese sido, de todos modos se habría visto extraña: parecía tener la osamenta de un frágil pajarillo, su pelo estaba cortado al rape y sus enormes ojos miraban gravemente; un pequeño búho pálido. Nadie la había visto nunca sonreír y raramente decía una palabra. Iba por la vida agarrada de la pollera de Lil. A donde fuera Lil, allá iba la pequeña Elsa. En el recreo, a través del patio, yendo y viniendo de la escuela, siempre Lil encabezaba la marcha y Elsa detrás, pegada a sus talones. Si se le antojaba algo o no podía seguirla, daba un tironcito a la falda de Lil y ésta, deteniéndose, la miraba. Las Kelvey sabían comprenderse mutuamente.

Nadie podía impedirles escuchar, así que se arrimaron al grupo. Cuando las demás se daban vuelta para burlarse de ellas, Lil les respondía, como siempre, con una sonrisa tonta y medio avergonzada. Elsa, en cambio, solamente las miraba.

La orgullosa voz de Isabel seguía contando y describiendo. Lo de la alfombra causó sensación, lo mismo que las camas con su ropa verdadera y la cocina con la puertecita para el horno.

Cuando terminó su relato, Kezia irrumpió:

—Te olvidaste de la lamparita, Isabel.

—Ah sí, también hay una lámpara chiquitita, toda de cristal amarillo con un globo blanco, instalada sobre la mesa del comedor. Es exactamente igual a una verdadera.

—La lamparita es lo mejor de todo —insistió Kezia, considerando que Isabel no la destacaba lo suficiente. Pero nadie le puso atención. Isabel estaba ya escogiendo a las dos primeras que esa misma tarde irían con ellas a ver la casa de muñecas. Se decidió por Emmie Cole y Lena Logan. Cuando las demás comprendieron que tendrían la misma oportunidad, no sabían cómo demostrarle a Isabel su simpatía. Una por una la tomaban de la cintura para dar una vuelta con ella, y todas tenían algo que decirle en secreto. “Isabel es mi amiga”.

Las pequeñas Kelvey, ignoradas por las demás, se alejaron. No quedaba nada más que escuchar.





Pasaron los días y cuanto mayor era el número de niñas que había contemplado la casa de muñecas, mayor era su fama, que se esparció hasta transformarse en el tema de moda. Todas se preguntaban lo mismo: “¿Viste la casa de muñecas de las Burnell? ¿Es maravillosa, verdad? ¿No la has visto...? Ay, pero qué lástima...”

Hablaban de ella incluso a la hora de almuerzo, cuando se sentaban bajo los pinos a comer sus contundentes emparedados de carne de cordero y sus gruesas rebanadas de pan con mantequilla. Las Kelvey se acercaban hasta donde les era posible, la pequeña Elsa arrimada a Lil, y atendían las conversaciones mientras masticaban el pan con mermelada que extraían de grandes hojas de periódico manchadas de rojo.

—Mamá, ¿puedo invitar a las Kelvey, sólo por una vez? —suplicaba Kezia.

—Desde luego que no.

—Pero, ¿por qué no?

—Pero Kezia, sabes muy bien por qué no.

Llegó al fin el momento en que todas habían visto la casita, menos ellas. Ese día el tema empezó a decaer. A la hora de almuerzo las niñas se reunieron bajo los pinos, como de costumbre, y de pronto, al ver a las Kelvey comiendo lo que sacaban de sus envoltorios, aisladas como siempre, atentas a sus conversaciones, les vino una especie de necesidad de hacerles daño, de cometer con ellas una crueldad. Partió Emmie Cole:

—Lil Kelvey va a ser empleada doméstica cuando grande.

—¡Ay, qué horroroso! —exclamó Isabel Burnell y guiñó un ojo a Emmie. Emmie a su vez carraspeó de la manera más expresiva y movió la cabeza como había visto hacer a su madre en ocasiones parecidas.

—Sí, es verdad, es verdad —repitió.

Entonces los ojillos de Lena Logan chispearon.

—¿Quieres que se lo pregunte? —ofreció.

—Apuesto a que no te atreves —exclamó Jessie May.

—Bah, ¿crees que me va a dar miedo? —dijo Lena.

De pronto lanzó un gritito y se puso a bailotear delante de las otras.

—¡Mírenme! ¡Miren para acá! ¡Vean lo que voy a hacer! —gritó. Y deslizándose, escurriéndose, arrastrando un pie, con gestos y risas que escondía con la mano, Lena se acercó a las Kelvey.

Lil levantó los ojos del papel de su almuerzo y envolvió los restos apresuradamente; Elsa dejó de masticar. ¿Qué iba a suceder?



—¿No es cierto, Lil, que cuando seas grande vas a ser una sirvienta? —chilló Lena.

Se produjo un silencio mortal. Pero en vez de contestar, Lil sólo sonrió con una de sus tontas y avergonzadas sonrisas. Parecía no haberle dado ninguna importancia a la pregunta. ¡Qué plancha para Lena! Las niñas comenzaron a reírse entre dientes y Lena no pudo soportarlo. Se puso las manos en las caderas y lanzó con voz silbante y despiadada:

—¡Sí, tu padre está en la cárcel!

Era algo tan increíble que alguien hubiera pronunciado semejantes palabras, que las niñas se echaron a correr todas al mismo tiempo, exaltadas al máximo, con una especie de loca alegría. Una encontró una larga cuerda y se pusieron a saltar. Nunca saltaron tan alto ni corrieron tan rápido ni tampoco hicieron cosas tan atrevidas como esa mañana.

A la tarde vino Pat a buscar en el coche a las Burnell para llevarlas a casa. Había visitas. Y como a Isabel y a Lottie les encantaban las visitas, subieron corriendo al dormitorio para cambiarse los delantales; pero Kezia salió de la casa a escondidas. No había nadie afuera; empezó balancearse en las grandes puertas blancas del patio y después de permanecer mirando el camino durante un rato, vio aparecer dos puntitos a lo lejos. Iban aumentando de tamaño a medida que se acercaban, hasta que pudo distinguir uno adelante y el otro pegado atrás. Comprendió que eran las Kelvey. Dejó de columpiarse y se bajó de la puerta como si fuera a echarse a correr; pero se detuvo enseguida, dudando. Las Kelvey estaban más cerca ya y sus sombras caminaban tras ellas, largas sombras que se estiraban por el camino y tocaban con las cabezas los ranúnculos de la orilla. Kezia se encaramó de nuevo a la puerta. Acaba de tomar una decisión. Dándose impulso hacia afuera, saludó a las Kelvey al momento que pasaban.

—Hola.

Quedaron tan sorprendidas que se detuvieron. Lil dibujó su sonrisa tonta y Elsa abrió aún más los ojos.

—Pueden pasar a ver la casa de muñecas, si quieren —dijo Kezia, que arrastraba la punta de un pie por el suelo. Lil se puso colorada y negó enfáticamente con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Kezia.

Lil tomo aliento y dijo:

—Tu mamá le dijo a mi mamá que no quiere que hablen con nosotras.

—Ah, bueno... —murmuró Kezia, sin saber qué contestar a eso—. Pero no importa. De todos modos pueden entrar y ver la casa de muñecas. Vengan, no hay nadie.

Lil movió la cabeza con más fuerza aún.

—¿En verdad no quieren verla? —preguntó Kezia.





Lil sintió de pronto unos tironcitos en la falda y miró hacia atrás. Los grandes e implorantes ojos de Elsa la observaban, el ceño fruncido. Quería entrar. Por un instante Lil vaciló, mirándola. Elsa le dio otro tirón y entonces Lil se puso en marcha hacia adentro. Kezia les indicó el camino y ellas la siguieron a través del patio como dos gatitos perdidos hasta el lugar donde se hallaba la casa de muñecas.

—Aquí la tienen —les dijo Kezia.

Hubo una pausa. La respiración del Lil se hizo tan rápida que casi resoplaba, y Elsa se había quedado inmóvil como una piedra.

—La voy a abrir para ustedes —dijo Kezia cariñosamente.

Sacó el pestillo y las niñas miraron el interior.

—Esta es la sala, acá está el comedor, y aquí...

—¡Kezia!

¡Ay, el susto que se llevaron!

—¡Kezia!

Era la voz de la tía Beryl. Se volvieron hacia la puerta de servicio: tía Beryl las miraba como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Cómo te has atrevido a meter a las Kelvey en el patio? —preguntó con voz gélida y furiosa—. Sabes muy bien que no debes hablar con ellas. ¡Fuera, niñas, salgan de aquí inmediatamente, y no vuelvan más!

Y bajando al patio, tía Beryl las ahuyentó como si fueran polluelos.

—¡Salgan de aquí enseguida! —ordenaba con su voz altanera y despiadada.

No había necesidad de que se lo repitieran. Rojas de vergüenza, muy apretadas la una contra la otra, Lil a tropezones igual que su madre y Elsa medio aturdida, cruzaron el patio sin saber cómo y se escurrieron por el blanco portón.

—Niña mala, y desobediente —reprendió la tía Beryl severamente, cerrando de golpe la casa de muñecas.

Había tenido una tarde espantosa. Acababa de llegarle una carta de Willy Brent, amenazante y aterradora, en la que le advertía que si no iba a la cita en la arboleda Pulman, se presentaría él mismo en la puerta de su casa para saber por qué no había ido. Pero al espantar a ese par de ratitas y dar a Kezia un buen reto, sintió que se quitaba un peso del corazón; aquella opresión horrible había desaparecido y entró a la casa canturreando.

Una vez que las Kelvey estuvieron suficientemente seguras de que los Burnell no las veían, se sentaron a descansar sobre uno de los enormes tubos rojizos de desagüe que había a



un lado del camino. A Lil las mejillas aún le ardían. Se quitó el sombrero con la pluma y lo puso en sus rodillas. Las dos miraban con ojos de ensueño más allá de los potreros de alfalfa y del arroyo, hacia las zarzas donde las vacas de los Logan esperaban la hora de la ordeña. ¿Qué sería lo que estaban pensando?

Elsa, apegada a su hermana, le dio un ligero codazo. Ya no se acordaba de la señora enojada que las había increpado. Estiró un dedo y rozó la pluma del sombrero de Lil. Una de sus escasas sonrisas le iluminó el rostro cuando dijo, muy suavemente:

—Vi la lamparita.

Y ambas volvieron a quedar calladas. ✨